

ANÁLISIS DEL EXCEDENTE*

DAVID HOROWITZ**

LA tarea de abarcar comprensivamente dentro de un solo marco los fenómenos complicados que constituyen el orden social y económico prevaleciente en los Estados Unidos, y, además, de explicar su evolución como sistema, presenta problemas de dimensiones abrumadoras al teórico social. El hecho de que los autores de este libro, por largo tiempo esperado, logaran echar los cimientos de ese marco, debe ser considerado como una realización teórica de primer rango. En verdad, no es demasiado decir que ningún esfuerzo en serio por entender la naturaleza y el desarrollo de las sociedades capitalistas contemporáneas puede gastarse el lujo de no tomar en cuenta los argumentos ofrecidos por Baran y Sweezy o puede evitar enfrentarse a su análisis.

Aún más. El análisis que brinda *Monopoly Capital* es impresionante y apremiante por otra razón. Pues marca una nueva etapa en la revitalización de la teoría marxista, revitalización que han estado llevando a cabo sin alharacas Baran y Sweezy durante las últimas dos décadas y media. En un nivel, esto se expresa en la forma como ellos sitúan el monopolio "en el mismo centro del esfuerzo analítico", su abandono formal de los anacrónicos supuestos microeconómicos de *El Capital* y de las leyes macroeconómicas (e.g., la tasa declinante de beneficios) que dependen de aquéllos. En otro plano, más importante, la progresión del enfoque se hace patente en su empleo elegante del concepto de excedente económico como herramienta para analizar tanto el funcionamiento puramente económico del sistema como para "vincular los fundamentos económicos de la socie-

* La *Revista de Ciencias Sociales* presenta otra reseña crítica del libro de Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *Monopoly Capital: An Essay on the American Economic and Social Order*, New York, Monthly Review Press, 1966. Esta reseña salió publicada en inglés, con el título de "Analyzing the surplus", en la *Monthly Review* (Vol. 18), No. 8 (Jan., 1967), pp. 49-59. Traducción de José Emilio González.

** Autor de *The Free World Colossus* y *Shakespeare: An Existential View*, publicados por Hill and Wang, 1965. Horowitz prepara en la actualidad su tesis doctoral sobre Marx y Keynes en The London School of Economics.

dad con lo que los marxistas han llamado antes la superestructura política, cultural e ideológica de la misma”.

El excedente económico, o sea, en pocas palabras, “la diferencia entre lo que una sociedad produce y los costos de producirlo” incluye las inversiones materiales en el futuro social y económico de la sociedad, el ingreso recibido, y, por lo tanto, el poder económico de clase de los grupos propietarios; la totalidad de los desembolsos gubernamentales, y, por ende, la distribución planificada de los recursos sociales en servicios de sanidad, educación, cultura, desarrollo de la comunidad y armamentos; y un factor grande de gastos (principalmente en el gigantesco esfuerzo de venta, pero también en la industria de bienes raíces, corredores de bolsa y cosas semejantes), que son necesarios para que funcione un sistema capitalista pero innecesarios y despilfarradores desde un punto de vista social más amplio.

I

El análisis que los autores hacen del capitalismo de monopolio comienza con el hecho evidente e indiscutible de la dominación ejercida dentro de la economía política como un todo por las grandes corporaciones. Los efectos *microeconómicos* de esta dominación, en especial la administración de precios por las empresas monopolíticas, han sido minuciosamente estudiados por los economistas ortodoxos. Sin embargo, lo que en general han dejado de atender y lo que preocupa principalmente a Baran y Sweezy, son las consecuencias *macroeconómicas* de tal sistema.

Como lo señalan Baran y Sweezy, el vigor ileso de la lucha competitiva, de la que se desprende una implacable presión para reducir los costos, dentro del marco de un mercado monopolista (*i.e.*, con la concurrencia de precios generalmente descartada) resulta en márgenes siempre crecientes de beneficios, y, por consiguiente “en beneficios sumados que aumentan no sólo absolutamente sino también como una parte del producto nacional”. Baran y Sweezy igualan tentativamente el excedente económico con la suma de beneficios y llegan, de este modo, a una ley fundamental del capitalismo del monopolio: *la tendencia del excedente a aumentar.*

Los autores continúan sosteniendo que la política de precios, la política de dividendos y la de inversión de las corporaciones gigantes resultan no sólo en ganancias siempre mayores sino también en ahorros (para las corporaciones), es decir, en un factor del excedente que busca siempre más y más inversiones, que no puede ser satisfecho

por el consumo normal y la inversión normal de las instituciones e individuos que se lucran. De esta suerte, el sistema del capitalismo de monopolio se mete en un atolladero que cada día se hace más profundo. Puesto que si no se encuentran nuevas salidas a un ritmo suficiente para que absorba el excedente en alza, entonces, como lo demostrara Keynes, la brecha entre producción potencial y producción actual se irá haciendo más amplia, el sistema se irá estancando y las huellas del excedente no-absorto aparecerán en el récord estadístico bajo la forma de desempleo y de capacidad no utilizada.

De ahí que para el sistema surja la cuestión de vida o muerte de encontrar esas salidas o crearlas (*e.g.*, estimular la demanda artificial) allí donde no existan. En verdad, toda la forma y evolución de la sociedad capitalista de monopolio está determinada por el carácter de estas salidas absorbentes y por la capacidad del sistema para aumentarlas al ritmo necesario.

II

Con respecto al *ritmo* de absorción de excedente, los autores insinúan vigorosamente que el sistema está perdiendo la carrera y que como perspectiva cada vez más probable en el futuro del capitalismo de monopolio emerge un estancamiento profundo y crónico del tipo experimentado en la década de los años treinta (aunque no necesariamente tan agudo). Al discutir la historia económica del capitalismo de monopolio en los Estados Unidos, los autores señalan que el sistema pasó por una fase de estancamiento crónico alrededor de 1907 (es decir, una fase de desarrollo en que el estancamiento se convierte en la norma hacia la cual el sistema siempre propende, y precisamente en el sentido en que la economía neoclásica consideraba el equilibrio del empleo pleno como tal norma). Lo que ha impedido que el sistema regrese a su equilibrio "natural" ha sido una serie de severas conmociones exógenas, salvo en los periodos de 1907-1914 y 1929-1939. Los autores especifican que estas conmociones han sido guerras y sus secuelas e "innovaciones que hacen época", de las cuales ha habido sólo tres en toda la historia del capitalismo (la máquina a vapor, el ferrocarril y el automóvil) y sólo una ha desempeñado un papel en el periodo que se estudia (el automóvil). Los autores consideran que la persistencia del desempleo y el exceso de capacidad, son síntomas especialmente significativos del estancamiento estructural, aun en la onda creciente del más prolongado periodo expansivo de

prosperidad en la historia de los Estados Unidos en tiempos de paz, los años de la década de 1960.

Esta formulación de la tesis del estancamiento, mientras que originalmente está inspirada por la hipótesis de Keynes-Hansen, ha sido derivada más inmediatamente de la obra de Kalecki y Steindl. Diferente de la versión ortodoxa, que depende de factores exógenos, esta formulación ubica la fuente de las tendencias al estancamiento en la monopolización de la economía misma. Esto se acerca mucho a la original perspectiva marxista sobre el capitalismo, visto a largo alcance, mientras que se expresa en términos que debieran ser inmediatamente comprendidos por los economistas ortodoxos contemporáneos. En cuanto a la validez de la tesis, como intento de explicación del pasado económico y como enfoque de la experiencia en la medida en que ofrece una perspectiva para el próximo periodo del desarrollo capitalista, hay que esperar el juicio de los expertos.

III

De interés más inmediato aunque no menos importante es la discusión sobre el patrón de cómo se absorbe el excedente y cómo se genera el mismo. Pues es en la dinámica de este proceso que se halla la fuente de los rasgos característicos de la sociedad capitalista de monopolio. Los autores demuestran que la estructura de poder, que es una parte integral y necesaria del capitalismo monopolista, determina el modo de utilización del excedente, que los empleos que de él se hacen, los cuales "se hallan estrechamente circunscritos... y a medida que pasa el tiempo se vuelven más y más irracionales y destructivos", y que la riqueza de la sociedad (el excedente ahora equivale a un 56 por ciento del Producto Nacional Bruto) (GNP) no puede, dada la naturaleza de las cosas, ser usadas para construir un orden social humano y decente, rico en valores humanos y no meramente monetarios.

De esta guisa, mientras que la manera racional de bregar con el excedente en alza que busca invertirse, en una economía plenamente industrializada, sería reducir los precios, incrementando de esa forma los ingresos verdaderos de los trabajadores y de otros consumidores e induciendo como consecuencia un cambio desde la inversión al consumo, el poder monopolístico de fijar los precios (que tienen las corporaciones) impide que se adopte ese derrotero (con otras palabras, impide que la gran mayoría de las personas se apropien los beneficios de innovaciones que reducen los costos) y determina

la alternativa: el estímulo general y colectivo de la demanda por el camino del esfuerzo de venta. La cuestión fundamental que los autores recalcan, en contraste con el grueso de la literatura sobre el tema, es que el esfuerzo de venta, con todos sus dañinos efectos sociales, no es en forma alguna una mera excrecencia de la economía capitalista sino un elemento vital para su supervivencia.

Al analizar el esfuerzo de venta, los autores rebasan su relación con lo que en esta reseña hemos llamado el componente "que busca la inversión" para discutir lo que podría llamarse "el componente de despilfarro".¹ Los autores vuelven a definir "excedente" como la diferencia entre producción y los costos *socialmente necesarios* de la producción. Reconocen que existe una dificultad inherente a la definición de lo que es "socialmente necesario" pero creen que los problemas no son insuperables y que el concepto brinda importantes medios para analizar la distribución de los recursos sociales bajo el capitalismo de monopolio. Señalan un estudio académico sobre el costo de los cambios en los modelos de automóviles como evidencia de que es posible la aproximación a ese concepto. Tales cambios de estilo, como todo el esfuerzo de venta, figuran en las cuentas capitalistas como costos de producción y, por lo tanto, no constituyen salidas para el factor del excedente que busca la inversión. A pesar de que aparecen como *costos necesarios*, en una estrecha perspectiva capitalista, desde un punto de vista *social* tales gastos deben ser considerados como inversiones dilapidadoras. El significado que tal despilfarro tiene para el desarrollo social puede ser calibrado a partir del hecho de que los gastos para modificación de estilo en automóviles, por sí solos, suman más que lo que el gobierno federal desembolsa para efectos de salud, educación y asistencia social.

IV

Desde luego, el gobierno es el principal absorbente y generador del excedente. Los autores muestran con facilidad que el estado capitalista de monopolio no utiliza principalmente el excedente con fines de bienestar social sino para la guerra y preparativos belicistas. En relación con esto, señalan dos cosas. La primera, que los gastos del gobierno tienen que ampliarse tanto absoluta como relativamente en virtud del estancamiento, endógenamente inducido, de la economía

¹ Los autores mismos, sin embargo, no llaman la atención del lector a la diferencia entre el factor que busca la inversión y el componente de despilfarro (en el excedente), ambos en alza, y de esta manera el lector no avisado puede sufrir confusión.

“privada”, y, la segunda, que el patrón de desembolsos del gobierno reflejará el patrón de poder y de intereses que predomina en la sociedad capitalista de monopolio, intereses que, sostienen los autores, “se hallan en tajante oposición a la satisfacción de las necesidades sociales”.

Ahora bien. Desde un punto de vista empírico, el argumento de que el patrón de desembolsos de los estados capitalistas reflejará, dentro de límites estrechos, el predominio del poder de las corporaciones e intereses en la sociedad capitalista, que no será más posible crear una sociedad humanística dentro del marco del capitalismo de monopolio que lo fue hacerlo dentro del marco del capitalismo clásico de competencia, no puede ser seriamente impugnado. Desde que Bismarck introdujo por primera vez el “estado-Providencia” en los años de la década de 1880 hasta el presente, el patrón ha sido evidente: beneficios simbólicos y marginales para anticiparse a las demandas socialistas, expansión imperialista y aprestos de guerra en la escala necesaria para hacer frente a la decadencia económica. Nunca ha sido de otra manera (no obstante las mejores *intenciones* de varios gobiernos capitalistas y social democráticos) y ningún teórico de la reforma ha podido demostrar por qué debiera ser diferente.

Aquellos comentaristas² de *Monopoly Capital* que han invocado la experiencia de la Gran Bretaña para refutar la tesis de Baran y Sweezy sobre las posibilidades de reforma dentro de un contexto capitalista, debieran consultar los hechos. En la Gran Bretaña, el cinco por ciento de la población todavía es dueña del 75 por ciento de la riqueza nacional. En ese mismo país, los beneficios de la asistencia social son sufragados totalmente por quienes los reciben, pertenecientes a los sectores de bajos ingresos, antes que por efecto de una redistribución del ingreso. Como consecuencia, tanto en la Gran Bretaña como en los Estados Unidos, resulta lamentablemente reducida la escala de adopción de medidas urgentemente necesarias desde el punto de vista social. Para citar un hecho: el 40 por ciento de los hospitales ingleses fueron construidos antes de la guerra Boer y el 20 por ciento antes de la guerra de Crimea.

No obstante la impresionante fundamentación de datos sobre la cual se basa el análisis de los autores —es decir, la tesis del marxismo clásico revolucionario—, hay que decir que su explicación teórica de la rigidez esencial y profunda (históricamente confirmada) del sis-

² Por ejemplo, Robert L. Heilbroner, “A Marxist America”, en *The New York Review of Books*, mayo 26, 1966. En general, esta es una reseña generosa y equitativa, digna de elogio en ese respecto.

tema sigue siendo insatisfactoria. En verdad, el factor que ellas especifican como la sede última de esta rigidez, es decir, el poder de la clase y el interés del capital monopolístico, es sin duda el correcto. Pero su discusión de los mecanismos a través de los cuales la clase gobernante de las corporaciones ejerce su poder y controla al Estado está muy simplificada y aún insuficiente. Constituye un eslabón débil en el mismo centro de su análisis y ya ha sido debidamente atacada por varias personas.³

Baran y Sweezy describen el sistema político del capitalismo en términos marxistas clásicos como "democracia burguesa". "Los votos son la fuente nominal del poder político y el dinero es la fuente real. . . todas las actividades y funciones políticas que se puede decir constituyen las características esenciales del sistema —adoctrinar y hacer propaganda para el público votante, organizar y sostener partidos, administrar campañas electorales— sólo se pueden llevar a cabo por medio del dinero. . . el sistema, en otras palabras, es democrático en su forma y plutocrático en su contenido". Esta contradicción entre forma y contenido conduce a ambigüedades y flexibilidades en el funcionamiento del sistema, pero, a la postre, la base plutocrática del poder político se impone.

Desde luego, hay mucha verdad en esta formulación demasiado simplificada (ciertamente hay en ella mucho más que en todas las teorías apologeticas de la llamada "democracia pluralista") pero como formulación de una teoría de la política del capitalismo de monopolio, para efectos de trabajo, en realidad no basta. En Inglaterra, por ejemplo, aunque se admite que el control sobre la conciencia de las masas se ejerce a través de los intereses de los propietarios (y allí donde ese control no puede ser ejercido directamente, se mantiene por un sistema de clases aún vigoroso en la educación), el respaldo económico para el partido actualmente en el poder *no* viene del capital de las corporaciones. Viene de los sindicatos obreros. La clase trabajadora suministra seis de cada siete votos para el Partido Laborista y la parte del león para sufragar sus gastos. Y, a pesar de esto, el gobierno laborista ha desarrollado una política *anti*-Laborista (¡como es definida aun por su propio programa!) desde que ocupó el poder. Los dirigentes del Partido Laborista han sido obligados por los banqueros nacionales y del exterior a poner en vigor aquella política que esos líderes habían condenado como irracional e injusta mientras estaban en la oposición. ¿Acaso existiría una confirmación más elocuente del poder *político* de una clase económica dominante?

³ Por ejemplo, la reseña de Heilbroner ya citada.

Y, sin embargo, la explicación de la capitulación del gobierno laborista no reside en el concepto de clase gobernante, tal como es presentado por Baran y Sweezy en este libro.

Pues el concepto de clase gobernante, para ser entendido plenamente con respecto a la democracia capitalista, debe ser ligado directamente al proceso financiero y acumulativo de la sociedad, es decir, al proceso de generación del excedente. La clave de la cuestión se halla en que los dueños del capital, tanto nacional como extranjero, poseen el poder para imprimir un ritmo más lento a las inversiones y también para provocar un pánico financiero (o a la vez para ambas cosas). De ahí que la "prosperidad" que sirve para obtener votos en las circunscripciones está determinada por la "confianza" especulativa de quienes controlan el capital: el dinero y los medios de producción. "Esto significa, por desgracia" —como lo observó Keynes— "que la prosperidad económica depende excesivamente de una atmósfera política y social que sea simpática al hombre de negocios". No se podría expresar más nítidamente la esencia de la situación: mientras los medios de producción estén en manos privadas, el gobierno tendrá que desarrollar una política "simpática" para los hombres de negocios o hacer frente a una baja en la producción y empleo, que inescapablemente surtiría un efecto devastador sobre todos los programas oficiales y sobre las posibilidades electorales del gobierno en los comicios. Aquí reside, a la postre, la base para el bien conocido patrón de uso del excedente por los estados capitalistas, así como para el hecho de que la elección entre diversas estrategias de cambio bajo el capitalismo se presenta en la forma de una alternativa entre reformas mínimas o revolución radical de todo el orden social.

Aun a partir de este breve análisis, se hace evidente que el nexo orgánico entre un modelo de clase basado sobre las relaciones de producción⁴ y un modelo de acumulación de capital es de significación primaria para la teoría marxista del desarrollo capitalista y del capitalismo de monopolio (inversamente, no es casualidad que la relación entre estos modelos jamás es discutida por los críticos hostiles a la teoría marxista). Por lo tanto, es desafortunado y, en verdad, puede ofrecerse como la deficiencia mayor del modelo teórico presentado por Baran y Sweezy que no contiene directamente ningún modelo de clase que esté explícitamente vinculado al modelo construido alrededor del excedente económico.

Tal modelo de clase, naturalmente, se halla implícito en su

⁴ En tanto opuestas a un modelo basado en las situaciones de mercado, como el de Max Weber.

argumentación. La falla, al no hacerlo *explícito*, para analizar la relación de los ingresos e intereses de clases con la generación del excedente, conduce, sin embargo, al debilitamiento de su tesis (como lo hemos señalado antes); segundo, a una brecha decisiva en la teoría misma, y, finalmente, a cierta ceguera ante algunas tendencias que funcionan bajo la superficie del capitalismo de monopolio, tendencias que bien pueden en el futuro afectar profundamente la correlación de fuerzas de clase.

V

La brecha teórica que es resultante del fracaso de Baran y Sweezy al no relacionar ingresos y excedentes se hace palmaria en su sagaz análisis de las relaciones entre las razas. Como observan correctamente, en una sociedad capitalista siempre hay una polarización de clases entre explotadores y explotados. Históricamente, el fondo explotado del capitalismo de los Estados Unidos se nutrió de los aludes de la mano de obra barata suministrada por los inmigrantes (en forma muy parecida a cómo el período de prosperidad, que ha seguido a la Segunda Guerra Mundial, en Europa se ha alimentado con el trabajo de los inmigrantes procedentes de las regiones cuasi-coloniales del mediodía europeo). A medida que llegaban los nuevos grupos de inmigrantes, los más viejos estuvieron en condiciones de ir subiendo por la escala social y económica. Luego, la inmigración procedente del exterior fue reducida drásticamente por la guerra y medidas legislativas. Consecuencia de esto fue que comenzó una migración interna de los negros de las regiones rurales del Sur hacia la economía urbana. Una vez que los negros ocuparon el peldaño inferior de la escala económica urbana sucedió, sin embargo, que a diferencia de grupos anteriores, se hallaron destinados a permanecer allí. Pues el sistema capitalista "posee dos polos: la riqueza, el privilegio y el poder en uno, la pobreza, la privación, la impotencia en el otro".

Los negros están hoy en el fondo y no hay sitio para ellos arriba ni hay nadie dispuesto a ocupar su lugar. De ahí que sólo personas individuales puedan subir, pero no el grupo en sí: las reformas ayudan a los pocos, no a los muchos. Lo único que puede transformar la situación de los muchos es un cambio completo en el sistema: la abolición de ambos polos y su substitución por una sociedad en que la riqueza y el poder estén compartidos por todos.

Este argumento parece repetido y ampliado cuando Baran y Sweezy discuten más en general la pobreza:

...como lo señalara Marx en *El capital* y como la experiencia del siglo subsiguiente de desarrollo capitalista lo ha confirmado una y otra vez, el capitalismo en todas partes genera riqueza, en un polo, y pobreza, en el otro. Esta ley del desarrollo capitalista... se puede aplicar igualmente a la metrópoli más avanzada y a la colonia más atrasada...

La existencia del polo inferior se explica en los siguientes términos: "En la raíz de la pobreza capitalista uno siempre encuentra desempleo y subempleo —lo que Marx llamara el ejército de reserva industrial— que privan directamente a sus víctimas del ingreso y minan la seguridad y el poder de regateo de aquellos con quienes los desempleados compiten por los escasos empleos".

Los autores explican el relativo mejoramiento de los *standards* de vida de los pobres en los años de la década de 1940 y a comienzos de la del '50, en los Estados Unidos, como consecuencia de la economía de tiempos de guerra y su secuela, es decir, de una situación en que la economía capitalista no funciona como economía capitalista. La reaparición de la pobreza como problema importante en medio de la opulencia (a pesar del vasto apuntalamiento militar) rinde elocuente testimonio a la fuerza de la ley en circunstancias normales capitalistas. Pero ¿cuál es esta "ley" que dá la base para una parte tan grande del análisis de Baran y Sweezy, y, en particular, cómo se relacionan con el excedente? Como cuestión de hecho, tal como es presentada por los autores, no se estableció relación explícita entre su modelo su propia "ley" (de la tendencia del excedente a aumentar), y la ley general, formulada por Marx, de la acumulación capitalista.

No hay razón intrínseca alguna para que esta brecha exista, sin embargo. Tal brecha no existiría, en verdad, si Baran y Sweezy hubieran analizado los factores integrantes del excedente que son componentes de ingreso de distintas clases, especialmente, las dos grandes clases antagonistas: trabajadores que ganan salarios, que son productivos (producen la plus valía) y dueños y controladores de capital que acumulan beneficios (se apropian de la plus valía). (Desde luego debiera haber también un análisis minucioso de las agrupaciones cada día más numerosas de las clases que viven parasitariamente del excedente pero que no se lo apropian en modo directo, vale decir, las nuevas clases medias). Pues el cimiento de la ley de acumulación es el ejército de reserva, cuyo funcionamiento en el sistema es

hacer posible que la clase capitalista mantenga su control sobre la fuerza obrera, impedir que los salarios devoren las ganancias y, de esta suerte, sofocar el excedente. Con otras palabras, es el componente de ingreso en el excedente económico el que conduce a la comprensión de los dos polos de la acumulación capitalista así como la base subyacente (aunque no necesariamente el patrón) de sus fuerzas de clase.

VI

Finalmente, la falla al no articular el modelo de excedente en la dirección sugerida (para diferenciar sus elementos de clase) también conduce a Baran y Sweezy a separar abstractamente su análisis, de la situación de las clases trabajadoras en las sociedades capitalistas de monopolio, y, por ende, a descartarlas como fuerza revolucionaria social. Para que se tenga una idea de cuán poco se puede justificar tal procedimiento sumario basta leer un artículo escrito por Sweezy y Huberman a raíz de la gran huelga de los obreros siderúrgicos en 1959-1960 ("The Steel Strike in Perspective", *Monthly Review*, febrero, 1960).

En ese artículo se ofrece una explicación de la relativa armonía entre las clases durante el período de la posguerra en los Estados Unidos, que está ligada directamente a la generación del excedente económico en la sociedad capitalista de monopolio. El acero es una industria prototípica del monopolio y en el libro de Baran y Sweezy que discutimos se dan detalles de la historia de cómo sus alzas de precios son administradas. En este libro, sin embargo, los autores enfocan solo el efecto de la política de precios de las corporaciones sobre el excedente económico en alza, separándolo abstractamente del factor ingreso en ese excedente y, por lo tanto, dejando de tomar en cuenta el impacto de esa política sobre las clases económicas y los intereses de clase. La consecuencia de este no tomar en cuenta se revela en el análisis que contiene el artículo de (Huberman y Sweezy).

Pues en ese artículo, sus autores señalan que las alzas en precios administradas por las corporaciones del acero no sólo les permiten hacerse más estrechamente al precio de monopolio sino también compensar a sus trabajadores con los más altos salarios industriales en los Estados Unidos. Estos salarios elevados proceden *no* de las ganancias siderúrgicas, sino como las ganancias mismas, de los sectores menos monopolísticos y menos organizados de la economía. Con otras palabras, todo el sector monopolizado (incluso tanto la clase que se basa en el excedente como la clase cuyo ingreso aparece como un coste

de producción) queda capacitado, a través del procedimiento monopolístico de fijar precios, para explotar los sectores más competitivos y más débiles de la economía. (Algo parecido a esto funciona también en una escala internacional). El hecho de que los sindicatos obreros más fuertes propendan a concentrarse en el sector monopolístico pone de relieve la enorme significación, en términos de equilibrio social, de la capacidad de las grandes corporaciones para sellar su alianza con los sectores más organizados de la clase trabajadora por medio de la inflación controlada. (El factor político de la guerra fría ha sido, desde luego, una influencia igual para la cohesión). Esta alianza, como lo observan los autores del artículo, "ha sido decisiva para conservar el equilibrio socio-político, y... este equilibrio nacional subyacente ha sido un requisito absolutamente necesario para el tipo de política extranjera que cada una de las administraciones y ambos partidos políticos han desarrollado asiduamente" en el período de la guerra fría.

En esta coyuntura surge la cuestión de si este arreglo es en sí estable, de si hay límites a la inflación controlada bajo la cual las corporaciones monopolistas pueden aumentar sus ganancias al máximo mientras que mantienen su alianza con los sindicatos, alianza de la cual depende tanto.⁵ Tales límites existen (como lo revela la huelga misma) pero emergen de un factor que no ha sido considerado por Baran y Sweezy en su análisis del excedente en alza, quiero decir, la *concurrència* internacional. Pues en esa esfera, la concurrencia de *precios* todavía desempeña un rol importante y erige una barrera real a la inflación progresiva como mecanismo de armonización social, aun en el caso de los más poderosos competidores internacionales como los Estados Unidos. Todos los síntomas recientes (la preocupación con las crisis en la balanza de pagos, el intento de introducir control de salarios y directrices, la adopción de medidas deflacionarias en las economías capitalistas más débiles) sugieren que el capitalismo hace frente a un período de conflictos de clase más intenso que nunca antes durante el período de la posguerra. Sin embargo, las raíces de este conflicto permanecen ocultas para el modelo de Baran y Sweezy.

VII

En síntesis, la crítica fundamental que se puede hacer al modelo mencionado es su falla al no articular más completamente el concepto

⁵ Una de las primeras discusiones interesantes de este tema se halla en el trabajo de Martin Bronfenbrenner, "Some Neglected Implications of Secular Inflation", en Kurihara, *Post-Keynesian Economics*.

de excedente, al no analizarlo en sus elementos componentes, y, en particular, al no hacer explícito un análisis de clase directamente vinculado al proceso de acumulación. También hay en el texto una tendencia a depender demasiado de los Estados Unidos como el arquetipo de la sociedad capitalista de monopolio y a desconocer las interdependencias del sistema internacional. Al efectuar la abstracción de la clase y de los nexos orgánicos del desarrollo en el mundo capitalista, los autores desembocan en una sub-estimación del potencial revolucionario de las clases obreras industriales, particularmente en Europa, Aun en los Estados Unidos, a los que siempre hay que reconocer como un caso especial, la división del frente de clase tendría profundas implicaciones revolucionarias para los eslabones más débiles en la cadena mundial del capitalismo. El proceso revolucionario es acumulativo, progresivo, interdependiente y sobre todo internacional. Los autores lo saben y lo han recalcado en otro sitio. Pero su modelo actual, con su concentración excesiva sobre el más poderoso país del capitalismo monopolista y su abstracción de las fuerzas de clase propende a oscurecer los hechos.

VIII

Sin embargo, a pesar de todas las críticas al modelo, éste, como tal, todavía representa una penetración teórica de gran trascendencia, digna de la más seria atención por parte de quienes se ocupan de entender al capitalismo contemporáneo. Seguramente que el concepto de excedente económico, aparte de la importante tesis independiente que proponen sus autores sobre su tendencia al alza en el capitalismo de monopolio, obtendrá reconocimiento como un instrumento indispensable de análisis social, como consecuencia de este libro. Podemos ver en el concepto de excedente económico, como lo han demostrado brillantemente los autores, la forma del sistema socio-económico integrado, su dinámica y su desarrollo. El excedente como concepto trasciende la vieja dicotomía de base y superestructura, con sus desafortunadas implicaciones deterministas, y revela enseguida cómo las relaciones de poder fundadas sobre el control legalmente sancionado y conservado del aparato de producción (y, por ende, de los mecanismos de distribución) son, de hecho, determinantes de la forma, pero no necesariamente de los rasgos específicos, de todo el sistema social. El concepto de excedente nos permite hacer uso directo del análisis de ingreso keynesiano, el análisis de clases marxista y nos permite, además (sin cambiar de marcos),

ver cómo las fuerzas de esa suerte analizadas afectan directamente y son afectadas por la *utilización* de los recursos sociales, determinando la totalidad del ambiente socio-cultural. He aquí, seguramente, una herramienta teórica de posibilidades asombrosas y en esto consiste solamente una de las virtudes de *Monopoly Capital*, en haber demostrado cómo eso precisamente ocurre.